

# La marcha hacia la barbarie

Por Jeffrey D. Sachs

Publicado en LA NACION, el 5 de Julio de 2004

NUEVA YORK

Entre otras consecuencias, la guerra de Irak ha puesto al descubierto, una vez más, la falsa división entre naciones "civilizadas" y "bárbaras". Los abusos cometidos en la cárcel Abu Ghraib han demostrado que Estados Unidos es tan capaz de caer en la barbarie como cualquier otro país. Las más de las veces, no queda registro alguno de las brutalidades perpetradas en Irak, como cuando los tanques norteamericanos irrumpen en los barrios iraquíes y matan a docenas de inocentes, so pretexto de combatir a los "insurrectos". Pero, por otro lado, la horripilante decapitación de un rehén norteamericano evidenció que la barbarie está presente en muchas partes.

En determinadas circunstancias, toda sociedad puede descender a la barbarie. Muchos historiadores han sostenido que la sociedad alemana, bajo Hitler, fue singularmente malvada. Es falso. Alemania fue desestabilizada por su derrota en la Primera Guerra Mundial, la dura paz de 1919, la hiperinflación de los años 20 y la Gran Depresión de los 30, pero no se singularizó por su barbarie. Por el contrario, a comienzos del siglo XX, Alemania era uno de los países más ricos del mundo, con niveles de educación y de competencia científica envidiablemente altos. Hannah Arendt estuvo más acertada cuando escribió acerca de la "banalidad del mal", y no de su singularidad.

Todos los descensos a la barbarie se caracterizarían por dos cosas. Primera: la inexorable tendencia humana a clasificar al mundo en "nosotros" y "ellos" o, mejor dicho, "nosotros" v. "ellos", para luego rebajar a "ellos" a una condición infrahumana. Una explicación probable del origen y evolución de estas clasificaciones es que fortalecían la cohesión interna del grupo y facilitaban la cooperación entre sus miembros valiéndose del odio hacia "los de afuera".

Segunda: el miedo potenciaría las manifestaciones del odio y la violencia contra "los otros". Son reacciones de supervivencia. Por lo general, las caídas en la barbarie ocurren en medio de crisis económicas o estallidos de violencia localizados. Impulsado por el miedo, un grupo se une para protegerse, quizás atacando a otro grupo rival.

Esta pauta fue evidente en las guerras de los 90 que desmembraron Yugoslavia. Etnias que hasta entonces habían convivido en una paz relativa se enzarzaron en guerras civiles, en medio de una profunda crisis económica. De manera similar, israelíes y palestinos han cometido actos de barbarie, en una interacción trágica de temores mutuos que potencia a los extremistas en ambas comunidades. Es una debacle sin gloria. Pero Israel, con un ejército tanto más poderoso, podría y debería haber tomado decisiones políticas mucho más sensatas que ocupar y colonizar Cisjordania.

Nuestras reacciones ante las escenas de tortura en Abu Ghraib, seguidas de la decapitación de Nicholas Berg, el rehén norteamericano, muestran con claridad cuál es el camino hacia la barbarie en un país supuestamente civilizado. Días atrás, The New York Times hizo una encuesta entre sus lectores de Oswego (Illinois), una zona de suma importancia política. Un empresario retirado exhortó: "Acabemos con todos ellos. Barrámoslos de la faz de la Tierra". Un líder nazi no se habría expresado de otro modo.

Un camionero opinó así sobre la decapitación de Berg: "Simplemente confirma lo que

yo venía pensando. No somos lo bastante duros. Esto es algo que tenemos que hacer. Debemos atacar a nuestros enemigos en forma directa y no retroceder hasta que triunfemos". Una mujer dio una respuesta parecida: "Hubo tanta indignación en torno de los abusos de prisioneros, que por cierto no apruebo, pero esto fue mucho peor. No podemos permitir que una maldad de este tipo eche raíces. Tenemos que combatirla ya mismo, terminantemente, o no podremos extirparla jamás".

Es fácil pensar barbaridades. Y los derechistas atizan los ánimos: "Ellos son los perversos -clamó Rush Limbaugh en su programa radial-. Ellos son los peligrosos. Ellos son los infrahumanos. Ellos son la hez de la humanidad, y no los Estados Unidos de América, ni nuestros soldados, ni nuestros carceleros".

No quiero decir con esto que Estados Unidos sea más depravado que otros países. Si digo que la sociedad humana, aun en el siglo XXI, es capaz de deslizarse hacia pensamientos y actos bárbaros, sea cual fuere su nivel de "desarrollo".

Atribuir a una nación, cualquiera que fuere, una superioridad moral o una hegemonía por elección divina es un pensamiento peligroso. La importancia del derecho internacional y de instituciones tales como la ONU resulta mucho más obvia, no bien reconocemos cuán vulnerable es el mundo entero a esta clase de descenso a la violencia. La ONU logró resistir las fuertes presiones de Estados Unidos para que tolerara una guerra con Irak, pese a las reiteradas afirmaciones norteamericanas (ahora sabemos que eran falsas) en el sentido de que los iraquíes poseían armas de destrucción masiva. El proceder de la ONU dio resultado. Lo que falló fue la política de Washington.

Lo ocurrido en Abu Ghraib subraya por qué son tan vitales las Convenciones de Ginebra sobre tratamiento de combatientes y otras normas internacionales afines. Al ponerse por encima de la ley, Estados Unidos se permitió ceder a comportamientos bárbaros. Asimismo, estos hechos nos demuestran por qué es igualmente vital la Corte Penal Internacional. Si ayer Estados Unidos se opuso enérgicamente a someterse a su jurisdicción, hoy los abusos cometidos en Abu Ghraib nos muestran por qué Estados Unidos debe acatar el derecho internacional.

Tal vez, esa lección -la necesidad de que hasta el país más poderoso se someta a ese derecho- sea un efecto beneficioso de esa guerra, por lo demás desastrosa a, que Estados Unidos ha emprendido contra Irak. Si la aprendemos, el mundo estará mucho más seguro. Nosotros mismos, los norteamericanos, estaremos más seguros, en parte porque habrá menos probabilidades de que un día desencadenemos una espiral de violencia, atizados por nuestros miedos irracionales y nuestra incomprensión del mundo.

© Project Syndicate y LA NACION

El autor es profesor de Economía y director del Earth Institute en la Universidad de Columbia  
(Traducción de Zoraida J. Valcárcel)